

encontraron á Guillermo Bertrand, obispo de Bayeux, que ya se habia encerrado en la plaza con toda la nobleza del país que habia podido salvarse de los invasores. Caen era una ciudad mercantil y populosa, llena de ricos ciudadanos, de nobles damas y de hermosas iglesias; pero sus murallas estaban arruinadas por varias partes, y su castillo, aunque fuerte, no podia proteger á la ciudad mas que por un solo flanco. Toda la guarnicion se reducía á trescientos genoveses mandados por el señor de Warigny. Era ya un progreso en la ciencia del gobierno el poder sostener cien mil hombres sobre las armas, como Felipe los estaba sosteniendo en Gascuña; pero como no se habia establecido el sistema de ejército permanente, el resto del reino carecia de elementos de defensa. La Edad Media, que no conoció la organizacion fija de tropas asalariadas, fue la época mas favorable á la libertad, y únicamente por falta de luces, en vez de aprovecharse de esa circunstancia, fue una época de esclavitud; cuando se propagaron las luces, se dió estabilidad á los ejércitos.

La escuadra inglesa habia llegado á la embocadura de Orne, rio de poca importancia que pasa por Caen. Eduardo sentó sus reales á dos leguas de esta ciudad, creyendo que encontraria resistencia. El conde de Tancarville queria con mucha razon que la defensa se limitara al paso del puente, al castillo y al cuerpo de la ciudad abandonando los arrabales; pero los ciudadanos se opusieron, diciendo que se sentian con ánimo para batir al rey de Inglaterra en campo raso. El condestable apoyó esta baladronada, y dió lugar á que por sus consecuencias pudiera acusarse de incapacidad, cobardía ó traicion. En otros tiempos habia este condestable recibido regalos y obsequios de parte del rey de Inglaterra, y esta circunstancia unida al generoso acogimiento que le habian dispensado en aquel país acabaron de hacerlo sospechoso. Los tronos necesitaban victorias, y Felipe no conoció sino derrotas: la desgracia desata á los hombres del juramento de fidelidad.

Eduardo, al salir el sol, si bien se hallaba dispuesto á esterminar una ciudad, oyó misa, y de allí á poco, violando tumbas y degollando pueblos mandó celebrar magníficos funerales por los nobles normandos decapitados por Gofredo de Harcourt.

A todo esto los ciudadanos de Caen puestos ya en línea de batalla no cumplieron lo que habian ofrecido, pues así que oyeron silbar las flechas de los ingleses, se pusieron en vergonzosa fuga, dando lugar á que los invasores penetraran revueltos con ellos en la ciudad, pues el río venia tan escaso de agua, que por cualquiera parte podia pasarse á vado. El condestable, juntamente con el conde de Tancarville, se puso *en salvo* bajo una puerta á la entrada del puente delante de la iglesia de San Pedro. Algunos caballeros y escuderos se refugiaron en el castillo. El condestable pudo, desde las almenas donde se habia refugiado, ver cómo los arqueros ingleses iban degollando con toda impunidad gente á lo largo de la calle Mayor. Entre aquellos guerreros conoció un caballero tuerto, llamado Tomás Holland, con quien en otro tiempo habia contraído amistad en las guerras de Prusia y de Granada: el condestable le llamó por su nombre, y se le entregó con el conde de Tancarville y unos veinte caballeros franceses.

Los ciudadanos al ver que no se les daba cuartel, construyeron barricadas y principiaron á defenderse, arrojando de las ventanas y tejados todo cuanto les venia á mano contra los ingleses. Estos, por su parte, fracturaban las puertas, se abrian paso con el fuego y con la espada, violaban las mujeres en medio de las llamas, y degollaban á cuantos se les ponian por delante. Cada casa daba lugar á un nuevo combate, y renovaba los horrores de una ciudad tomada por asalto. Mas de quinientos ingleses habian perecido ya en

el tumulto. Eduardo para poner fin á esta resistencia, mandó que se aplicara fuego á la ciudad. Hallábase presente Gofredo de Harcourt al dar el rey esta orden, y empezó por primera vez á sentir remordimientos: manifestó al monarca extranjero que aun tenia que atravesar largo espacio del país, y que le importaba economizar la sangre de sus soldados para los apurados trances en que necesariamente tendria que verse en lo sucesivo; que los ciudadanos de Caen, si se veian reducidos á la desesperacion, tratarian de vender muy cara su vida, y que si por el contrario se les ofrecia clemencia, le seria fácil al mismo Harcourt restablecer la tranquilidad en muy pocas horas.

Este consejo, que no fue despreciado por parte de Eduardo, al paso que evitó algunas desgracias particulares, produjo un mal general á toda la Francia.

Cuando al principio de una invasion ocurre un noble ejemplo de abnegacion, se inflaman súbitamente todos los corazones, palpitando de virtud y de gloria é inspirados por aquel entusiasmo que hace invencibles á las naciones: trescientos espartanos salvaron á su patria en las Termópilas. Harcourt fué cabalgando de calle en calle, y mandando en nombre del rey de Inglaterra que, nadie, so pena de estrangulacion (*hart*), fuese osado á incendiar casas, violar mujeres ó matar hombres que no hicieran resistencia. Los ciudadanos dejaron al momento las armas y abrieron las puertas de sus casas. Entonces principió una especie de saqueo organizado, que duró tres dias. Eduardo se reservó su parte de botin, que consistió en joyas, vajilla de plata y tejidos de toda clase.

Por una crecida suma compró á Tomás de Holland el derecho que éste tenia sobre sus prisioneros de guerra, el condestable y el conde de Tancarville, y habiéndolos embarcado juntamente con otros sesenta caballeros y trescientos ciudadanos en un buque de alto bordo, fueron llevados á Lóndres, por la esperanza de sacar de ellos un gran rescate, á pesar de haber perdido todos sus bienes en la toma de la ciudad. El buque que condujo á Lóndres estos cautivos iba tambien cargado de la parte mas preciosa del botin, sin duda para incitar el deseo de los ingleses á tomar parte en el pillaje que podian prometerse del resto de Francia.

En Caen existia el sepulcro de Guillermo el Bastardo: el terreno que ocupaba esa tumba habia sido disputado en otro tiempo á los restos mortales de aquel príncipe, por un ciudadano llamado Ascelin que decia haber sido desposeído injustamente de aquel terreno por usurpacion del mismo Guillermo.

Los hijos de los compañeros que este monarca llevó á la conquista de Inglaterra, volvían ahora á conquistar y á proclamar sus cenizas.

Dos cardenales legados, á quienes Eduardo se negó á dar audiencia, fueron testigos de la ruina de Caen. Hemos llamado ya la atencion y la volveremos á llamar en lo sucesivo, por lo tocante á los esfuerzos que la Santa Sede hizo á fin de evitar la efusion de sangre en esas guerras crueles. Nada podia ofrecer mayor interés que el ver cómo unos hombres de misericordia iban siguiendo por todas partes á unos hombres de sangre, haciendo esfuerzos por quitarles las armas de las manos, suplicando antes del combate, llorando despues de la victoria, incansables, despreciados en todas partes, y pareciendo cápticas palomas mezcladas con los buitres en los campos de batalla.

Felipe reunió en San Dionisio un ejército, al cual se reunieron apresuradamente los príncipes feudatarios de la corona, sus amigos y sus aliados. El conde de Beaumont, Juan de Ainaut, que hacia poco se habia reconciliado con la Francia, se presentó con gran número de caballeros; el duque de Lorena acudió con trescientas lanzas; los condes de Saboya, de Salbruges, de Flandes, de Namur, de Blois y toda la nobleza que no estaba ocupada en el asedio de Aiguillon se

presentaron en San Dionisio. Juan rey de Bohemia, se hallaba en aquel momento en sus Estados: su hijo Cárlos acababa de ser electo emperador, y era inquietado por parte del antiguo emperador excomulgado, Luis de Baviera: el rey de Baviera ademas habia perdido la vista, pero ninguna de esas circunstancias pudo contenerle en Alemania: apenas recibió los correos que Felipe le habia enviado, se puso en camino á despecho de todo el esfuerzo que para disuadirle hacian sus ministros. Ese anciano monarca, verdadero modelo de lealtad; dijo á sus próceres. «¡Ay! aunque me hallo viejo no he olvidado el camino de Francia. Quiero ir á defender á mis queridos amigos y á los hijos de mi hija, que esos ingleses intentan robar!» Juan partió efectivamente con su hijo Cárlos, y se reunió á Felipe.

Eduardo habia salido ya de Caen. Solo el epigrafe de los capítulos de las crónicas de aquella época bastan para dar una idea de la conducta que observaba el ejército invasor durante la marcha; «Males que los ingleses causaron en Normandía: Se dá noticia de cómo tal ciudad fue saqueada: Se refiere cómo todo el país fue quemado y destruido,» etc. Por de pronto tomó el camino de Evreux; mas como esta era una ciudad murada, no la atacó. Tomó por asalto y redujo á cenizas á Louviers, célebre ya entonces por sus fábricas de paño, y de allí marchó hácia Ru-n, cuyos gobernadores eran los condes de Evreux y de Harcourt. Gofredo pudo ver ondear la bandera de su hermano en los muros de Rouen.

Felipe habia hecho cortar todos los puentes del Sena desde esta ciudad hasta Paris, y él mismo en persona se hallaba en Rouen en el acto de presentarse los ingleses al otro lado del Sena. Eduardo pasó sin hostilizar á la ciudad de la que no estaba separado mas que por el río: su intencion se reducía á aprovecharse de la primera ocasion oportuna para entrar en Picardía, y retirarse al Ponthieu que le pertenecia. Con ese objeto fue subiendo por las márgenes del Sena, sin dar tregua á su sistema de desolacion. Felipe seguía observán tole desde la orilla opuesta del río, cosa que era muy fácil por el rastro de sangre y las hogueras que el ejército inglés iba dejando en pos de sí. Pont de l' Arche, Vernon, Mantes y el arrabal de Meulan fueron presa de las llamas. Así continuó marchando el ejército inglés hasta Poissy, cuyo puente habia sido destruido; pero no de modo que le ejército invasor no lo hubiera podido volver á utilizar. Felipe llegó á Paris al mismo tiempo que Eduardo á Poissy. La civilizacion de los tiempos modernos ha hecho cesar aquellos desastres sin fin de las antiguas guerras; en la ocasion á que nos referimos es muy cierto que ni los mismos bárbaros en sus correrías anteriores mostraron tanta falta de humanidad como las huestes invasoras de Eduardo. Repartiéronse destacamentos por los alrededores de Poissy. El castillo de Saint Germain en Laye, Manterre, Ruel, Saint Cloud y Neuilly quedaron reducidos á ceniza. Distinguíase por la noche desde Paris el reflejo de las llamas, y durante el día se podia designar el sitio que ocupaban las poblaciones por las gruesas columnas de humo que su incendio producía. Desde la primera invasion de los normandos, no habia vuelto Paris á verse en tal peligro, ni las mujeres de Paris habian tampoco visto, como los ciudadanos de Lacedemonia, antes de la época de Epaminondas, los fuegos del campamento enemigo.

En la actualidad Paris ha recibido al enemigo dentro de sus muros, y Esparta va saliendo de sus ruinas.

Felipe quiso ponerse al frente de su ejército en San Dionisio, pero el pueblo se lo impidió arrojándose á sus pies y diciéndoles: «¡Ah! ¿qué intentais hacer noble señor y rey? ¿Quereis dejar abandonada vuestra noble ciudad de Paris? Los enemigos están á dos leguas escasas: no tardarán en llegar á esta ciudad. Si llegais á partir no habrá nadie que nos defienda de

ellos.» El rey contestó: «No temais á los ingleses, buena gente: no se acercarán ya mas á este punto. Voy á San Dionisio á reunirme con mis guerreros, porque quiero cabalgar contra los ingleses y batirlos.»

Estas palabras calmaron los ánimos: los terrores del pueblo van casi siempre acompañados de sedicion y de locura: por una parte no querian que el rey se alejara, porque Paris quedaba sin defensa, por otra se negaban á tomar las precauciones necesarias á fin de que esa ciudad estuviera al abrigo de un golpe de mano de los ingleses. Paris carecia enteramente de puntos de defensa, ó es de suponer que no existian las fortificaciones erigidas por Felipe Augusto: el rey mandó construir atrincheramientos. Para construirlos era preciso derribar algunas casas, pero los propietarios se opusieron. Nótese de paso cuán enérgica era la fuerza de la libertad civil en una época en que la libertad política era nula. El pueblo abrazó el partido de los propietarios, y á pesar de haber acudido el rey de Bohemia á calmar la sedicion con quinientos caballos, no lo pudo conseguir, sino desistiendo del proyecto de derribo.

A esas conmociones, á esos motines de hombres que nada tenian que perder, se unian otras calamidades públicas y otras causas de turbulencias y confusiones. Todo estaba lleno de traidores asalariados con el oro de las rapiñas de Eduardo: y esos traidores aumentaban su número con la turba de hombres débiles, de esos hombres sin corazón y sin carácter, aliados naturales de los perversos, especie de traidores que contribuyen á propalar el terror y la adversidad. No faltaba quien empeñaba á creer que el monarca inglés tenia derecho al trono de Francia, solo por la razon de que le habian visto alcanzar algunas victorias.

Las circunstancias eran en extremo interesantes, y grandioso el espectáculo que presentaban. Eduardo seguía en Poissy, cuna de San Luis, y Felipe en San Dionisio, tumba del mismo santo rey; ambos contentos estaban á punto de lanzarse desde aquellas barreras para disputar el cetro del monarca que habia subido con su corona al cielo.

Era de esperar, segun toda apariencia, que la justicia alcanzase la victoria. En tanto que Eduardo no habia encontrado obstáculos, habia ido avanzando é internándose en el país, mas así que se presentó Felipe tuvo que pensar en la retirada, y se encontró, como dice Mezeray, en la situacion del lobo, que despues de haber hecho una gran matanza en el redil, oye ladrar los perros y solo trata de retirarse á los bosques. No era fácil la retirada. Eduardo no se habria aventurado á lanzarse sobre una ciudad como Paris, apoyada por un ejército de cien mil hombres. ¿Podia retroceder? Muy peligroso era, pues se vería acosado por un enemigo poderoso, teniendo que atravesar un país enteramente asolado. ¿Era mas prudente atenerse á su primer proyecto y acantonarse en el Ponthieu? El Sena, cuyos puentes estaban ya cortados, les cerraba el paso, y aun cuando hubiera podido pasar el río, se habria el rey inglés visto enterrado entre las aguas del mismo, las corrientes del Oise y del Somme, y el ejército francés acantonado en San Dionisio. Sin embargo, este era el único plan que presentaba alguna probabilidad.

Hacia cuatro dias que Eduardo estaba preparando secretamente los materiales necesarios para la recomposicion del puente de Poissy, habiendo hecho propalar el rumor de que no pudiendo atravesar el Sena por el puesto en que se hallaba acantonado, trataria de verificarlo por algun puente mas allá de Paris. En tanto celebró con gran pompa la festividad de la Asuncion en la abadía llamada de las Damas, y dió un espléndido banquete, al cual asistió vestido, con una túnica de escarlata forrada de armiño, con la misma tranquilidad con que San Luis hubiera podido asistir á una solemne ceremonia en el seno de su

reino, y en el pueblo de su naturaleza. Finalmente, el ejército inglés recibió orden de ponerse en marcha para dar la vuelta á París. Felipe engañado por estas apariencias y falsas noticias, vino á situarse en el puente de Antony con objeto de cortar el camino á los enemigos. No bien acabó de salir el ejército francés de San Dionisio, cuando Eduardo, ejecutando una contramarcha, regresó á Poissy y pasó el Sena por el puente que había sido recompuesto con admirable presteza. La vanguardia inglesa, mandada por Gofredo de Harcourt, tocaba apenas la opuesta orilla del Sena, cuando se encontró con las milicias de Amiens acudidas por cuatro caballeros de Picardía. Harcourt las atacó inmediatamente, y aunque se defendieron denodadamente no pudieron evitar el ser derrotadas y perder sus bagajes: mil y doscientos honrados milicianos quedaron sobre el campo de batalla, habiendo comprado con la vida el honor de ser los primeros que se opusieron al paso de los enemigos de su patria. Tal era en realidad el carácter de aquellas milicias municipales, de aquel pueblo que en el fondo constituía la verdadera nación francesa, y del cual la historia antigua, para eterna mengua suya, no habla nunca sino para prodigarle indecorosos epítetos. Aquellos orgullosos nobles con sus corazas y sus cascos á prueba de flecha y espada eran por ventura mas valientes que aquellos aldeanos que sin mas armas que un bastón ó una guadaña, y sin mas defensa que su pecho medio desnudo, se oponían á las impetuosas cargas de aquellos centauros de bronce? Cerca estaba ya el momento en que la pólvora inflamada en Crecy iba á nivelar el peligro, y á establecer igualdad en el campo de batalla, permitiendo al pueblo poder inscribir su nombre en los fastos de la gloria.

No supo Felipe que los ingleses habían levantado el campamento, sino de allí á dos días. El monarca francés, aunque tenía que medirse con un general mucho mas hábil que él, no por eso puede decirse que no tenía mucho valor y bastante capacidad. Las increíbles faltas que cometió en aquella campaña, y las ventajas que dejó tomar al enemigo, no pueden atribuirse mas que al espíritu de infidelidad que súbitamente se había apoderado de gran parte de sus vasallos: lo cual prueba que no todos estaban intimamente convencidos de la conveniencia de la ley sálica. Entonces conoció, dice un historiador, que se hallaba rodeado de traidores, que le engañaban con falsas noticias, y daban noticia de todos sus movimientos al enemigo. Desesperado de haber dejado escapar la presa, se puso á perseguirla sin tregua. Envío un cartel á Eduardo desafiándolo á batalla, ó bien en la llanura de Vaugirard, ó bien entre Pontoise y Trancoville, si quería detenerse ó esperarle. Eduardo contestó que no acostumbraba tomar consejo del enemigo, y prosiguió su marcha.

Al llegar á los campos de Beauvais, los arrasó como todos los demás, pasó los muros de aquella ciudad quemando y saqueando los arrabales, pero sin poder entrar en ella por la valerosa defensa de su obispo. La abadía de San Luciano fundada por Childerico era después de la de Saint-Germain-des-Prés el edificio religioso mas antiguo de Francia. Eduardo estableció en ella sus cuarteles, y viendo al marcharse que las llamas empezaban á devorar el edificio, mandó prender y ahorcar á los incendiarios. Empezaba sin duda á comprender que le convenia mudar de política y dió órdenes de que se respetaran las iglesias; pero tales órdenes no fueron en realidad mas que apariencias ilusorias que ni engañaron al cielo, ni fueron obedecidas de los soldados.

De esta manera iba perdiendo lentamente la Francia sus ciudades, sus aldeas, los templos de la religión y los monumentos de sus reyes. Pero aun faltaba Crecy, calamidad que había de hacer olvidar tantas

calamidades, triste término de la marcha triunfal de Eduardo al través de ruinas.

Desde la abadía de San Luciano pasó á alojarse á Milly, y luego á Grand-Villiers. Al pasar por delante de Dargies quemó el castillo y taló los campos inmediatos. La ciudad de Poix se hallaba en aquel instante sin ningún elemento de defensa: en sus dos castillos nada mas encontraron los invasores que dos hermosas señoritas, hijas del señor de la ciudad que no salvaron su honor, sino por mediación de los señores de Basset y de Chandos que las presentaron al rey de Inglaterra. Los habitantes de la ciudad se redimieron por de pronto del saqueo por una suma considerable; pero habiéndose suscitado al día siguiente algunas contestaciones, fueron todos pasados á cuchillo. Por último, Eduardo acampó en Airaines, y envió sus mariscales á buscar un puente por donde pasar el Somme.

Allí habrían debido acabar sus triunfos y principiar las expiaciones: Felipe venía á marchas forzadas siguiendo sus pasos al frente de cien mil hombres, todos animados de los mas justos deseos de venganza. Los ingleses no tenían mas que treinta mil combatientes: hallábanse ademas fatigados por la continua marcha y abrumados, digámoslo así, por el peso del botín: viéndose acosados entre el mar, el ejército francés y el río del Somme, cuyos puentes estaban rotos ó bien guardados, creyeron llegada ya para ellos la hora de la ruina. En vano los mariscales ingleses intentaron forzar el paso de los puentes de Remy, de Long en Ponthieu, y de Pequigny. No habiendo pues podido encontrar ningún punto por donde pasar el Somme, regresaron al campamento de Eduardo á dar cuenta del mal éxito de sus exploraciones. En aquel momento Felipe entraba en Amiens.

Arrepentido entonces el rey de Inglaterra de los triunfos que á costa de tantas atrocidades había conseguido, propuso una suspensión de armas y ofreció devolver todo lo que había tomado, y pero podía acaso devolver la vida á tantas inocentes víctimas que su insana ambición había sacrificado? ¿Podía tal cúmulo de calamidades ser considerado nada mas que como régias diversiones, que no dejan en pos de sí huella ninguna cuando á los que se entretienen con ellas les place interrumpirlas? Felipe, como jefe y como padre de la patria, no pudo mitigar el dolor ni acallar el resentimiento, y desechó toda proposición. No falta un historiador que al referir esta circunstancia quiere hacer responsable á Felipe de los males que posteriormente trajo aquella guerra: pero esa acusación no pasa de ser una reprehensible sutileza filosófica ó un modo de juzgar los hechos por los acontecimientos que vinieron en pos de ellos. Felipe en obsequio de sus pueblos estaba obligado á obtener una reparación solemne, y debía tratar de dar á los enemigos una lección no fácil de olvidar, haciéndoles entender cuál sería el resultado de las tentativas que en lo sucesivo les diese la manía de hacer. Un enemigo de tan mala fe como Eduardo no bien se habría librado del peligro, hubiera vuelto á proseguir su sistema de desolación. Estas observaciones son razonables y destruyen la gratuita acusación del autor á que nos referimos; pero la batalla de Crecy fue desgraciada. No siempre la fortuna marcha al par de la justicia; mas no por eso son menos efectivos y sagrados los derechos de ésta.

En tanto, dice Froissart, «estaba el rey de Inglaterra muy pensativo en Airaines. Antes de la salida del sol oyó misa y mandó que se tocara á marcha.» Atravesó el país de Vimen y se acercó á Abbeville. Entregó á las llamas un villorio en las inmediaciones de aquella ciudad, y vino á pasar la noche en el hospital de Oisement. Felipe por su parte, habiendo salido de Amiens, llegó á la una del día á Airaines. Allí encontró preparados los comestibles que los ingleses habían abandonado precipitadamente. Habiendo vuelto los

mariscales de Eduardo á explorar el terreno para ver si hallaban medio de pasar el río, regresaron por la noche al real diciendo que su expedición no había tenido mejores resultados que la anterior. Si Felipe hubiera tenido solamente la ventaja de algunas horas de marcha, ó el vado de Blanque-Taque hubiese estado mejor custodiado, habría sido inevitable la ruina del ejército inglés.

Ese ejército y su monarca que tanto terror habían causado, sentían á su vez los efectos del terror. Eduardo, perdida su reputación de capitán, despreciado como rey, aborrecido como hombre, iba á sufrir el trágico fin de un aventurero, ó de un incendiario. Siendo derrotado habría aparecido en la historia como un general sin prevision, sin valor, sin mérito; pero la victoria lo preconizó como general ilustre; el talento y la victoria son al parecer la misma cosa; un solo momento separa la infamia de la gloria.

Era de noche: en el campamento inglés nadie dormía: unos empezaban á afligirse por el botín, que se les iba á caer de las manos, y otros temerosos de no volver á ver nunca el patrio suelo, suspiraban por sus padres, por sus hijos y por sus esposas. Los soldados, que habían ido á explorar el río, contaban noticias horribles; á cada paso se creía oír la gritería del ejército francés, que había prometido no dar cuartel á ningún enemigo. Felipe había hecho este terrible juramento en un arrebato de cólera, y es de presumir que no lo hubiera cumplido en el momento del triunfo.

No era menor la ansiedad que dominaba entre los jefes: el mismo rey, arrinconado á la orilla del mar, bajo su tienda de campaña, como una fiera bajo su guarida, dirigía en su rededor sombrías miradas que cobraban algún viso de ternura al fijarse en su hijo: aquel joven príncipe, destinado á ser en lo sucesivo modelo de la caballería, había llegado sin saberlo á la víspera de su gloria, y empezaba, digámoslo así, á brillar con la aureola que dentro de pocas horas iba á desarrollarse sobre él. Su negra armadura daba un particular realce á su elevada talla y á su juventud, poniendo de manifiesto la blancura de su cutis: era alto y pálido como se dice que lo fue también el capitán Bayardo, pero mas hermoso que éste.

Eduardo, á fin de tomar un postrer partido, mandó reunir un consejo de guerra, y sintiéndose sin duda inspirado por la mala fortuna de la Francia hizo comparecer á varios prisioneros del país de Vimen y de Ponthieu, y prometió á cualquiera de ellos que indicase un vado para pasar el ejército, su libertad y la de otros veinte prisioneros. Entre aquellos desgraciados hubo un hombre de baja condicion, cuyo infame nombre, Gobin-Agace, ha sido conservado por la historia, como uno de los de aquellos hombres de perdición que la Providencia emplea cuando se propone descargar su indignación sobre algún pueblo culpable.

Aquel hombre declaró que existía un vado por el cual podían en algunas partes pasar doce hombres de frente, dos veces al día, durante la baja mar. El fondo de este vado se componía de una arena blanquisea y dura, por lo cual se le daba el nombre de Blanque-Taque (Mancha blanca), ó Blanche-Cayeux. Añadió que podían pasar carros por ese vado, y que el agua no llegaba á los hombres mas que hasta la rodilla. Eduardo, arrebatado de gozo exclamó: «Si es cierto lo que dices daré la libertad á tí y á tus compañeros, y te daré cien escudos.» Y Gobin-Agace replicó: «Señor, con mi cabeza respondo.»

Mandó en el acto Eduardo á sus capitanes estar prevenidos, y á media noche al primer sonido del clarín, se cargaron las acémilas y carruajes, y se tomaron las armas. Al despuntar principió á destilar el ejército inglés guiado por Gobin-Agace. Harcourt mandaba la vanguardia, por consiguiente puede de-

cirse que la fuga de los enemigos de la Francia era dirigida por dos franceses. El sol aparecía apenas en el Oriente, cuando llegaron al vado. Si era grande la alegría de los ingleses en tanto que se habían prometido vencer el Somme, no fue menor su desesperación cuando llegaron á su orilla y vieron que en tanto que no principiara el reflujo del mar era impracticable el paso. En aquel momento el flujo se hallaba en su mayor altura. No era este el único inconveniente: al otro lado del río se veía formado en batalla un cuerpo de doce mil franceses mandados por aquel bizarro Godemar de Fay, que con tanto denuedo había sostenido la defensa de Tournay. Temiendo Felipe que por último el enemigo llegaria á descubrir el vado de Blanque-Taque, destacó de su ejército mil hombres de armas y seis mil arqueros genoveses. Ese cuerpo, al cual se habían reunido las milicias de Abbeville, pasó el Somme en Saint-Seigneur y bajó á Blanque-Taque.

Cuatro horas mortales pasaron antes que el vado llegara á ser practicable. Por fin, el monarca inglés dió la señal y mandó á los dos mariscales Warwick y Harcourt atravesar el río «con banderas desplegadas y en nombre de Dios y San Jorge,» advirtiendo que los «soldados mas valientes y mejor armados fueran los que debían ponerse al frente del movimiento.» Eduardo, seguido del príncipe de Gales, se arroja al agua con espada en mano: los caballeros franceses enristran lanzas en la orilla opuesta, salen á su encuentro y los reciben con denuedo. Trabóse un combate en el álveo mismo del río. El peligro que corrían los ingleses se iba haciendo cada vez mas inminente; no les quedaban ya mas que dos horas para verificar el paso de sus tropas, carros y bagajes. Si la marea volvía á subir quedaban sepultados. Por otra parte empezaban á verse ya los exploradores del ejército de Felipe que les venía siguiendo los pasos. En esta crítica situación se redoblaron las fuerzas y el denuedo de las huestes inglesas: sus arqueros logran á flechazos abrirse paso entre los arqueros genoveses que dominaban la orilla derecha del río: Harcourt y Warwick consiguen llegar á esa orilla con algunos escuadrones; cargan á los franceses, los ponen en desorden, y se apoderan del terreno cubriendo el paso del resto del ejército y protegiendo la formación de las columnas: apenas estas llegan á desplegarse, huyen las milicias mandadas por Fay, el mismo Fay no tuvo mas remedio que retirarse.

No bien acababa de pasar Eduardo con su ejército, cuando la vanguardia francesa entraba en el campamento que el enemigo acababa de abandonar y se apoderaba de algunos carruajes y de trescientos ó cuatrocientos rezagados. Bien hubieran podido exigirse represalias sobre aquellos incendiarios; pero se les perdonó la vida. Al llegar Felipe tuvo el disgusto de ver á su enemigo en la otra orilla, y no poder seguirle porque la marea empezaba ya á cubrir el vado. No tuvo, pues, mas remedio que malograr un día, retroceder y verificar el paso del río en Abbeville. El suceso que hemos descrito ocurrió el 24 de agosto de 1356, día de San Bartolomé.

Así lo refieren Froissart y otros autores que han escrito posteriormente; pero el continuador de Nançis y el autor anónimo de la Crónica de Flandes aseguran que Godemar de Fay se retiró sin combatir: Mezeray añade que era pariente de Gofredo de Harcourt, y que estaba vendido á Eduardo: lo cierto es que Felipe en lo sucesivo quiso mandarlo ahorcar como traidor. Pero la indignación de un rey escitada por la desgracia, y por el testimonio de dos autores que adoptan todos los rumores populares, no es testimonio bastante para destruir la relación circunstanciada de Froissart, ni para deshonestar la memoria de un antiguo capitán que tan repetidas pruebas de valor y lealtad había dado. Felipe tenía cien mil combatientes; si en vez de doce mil hubiera enviado treinta

mil al vado de Blanque-Tague, número igual al que tenían los ingleses, es probable que estos se hubiesen visto perdidos.

Eduardo, después de haber pasado el vado, dió gracias á Dios, mandó llamar á Gobin-Agace, púsole en libertad juntamente con todos sus compañeros, y le dió los cien escudos prometidos y además una acémila.

Iba el enemigo á entrar en las llanuras donde los franceses no podían menos de salirle al paso; no podía sostenerse más que de pillaje, y esta circunstancia retardaba su marcha. Si Eduardo apresuraba su retirada con un ejército cansado, y perseguido por tropas superiores en número, y que aun no habían llegado á fatigarse, era de presumir que la retirada se convertiría en fuga: además sabía Eduardo que Flandes le enviaba un socorro de treinta mil hombres, y estas reflexiones le obligaron á proceder con sumo tiento, no precipitando sus pasos y limitándose únicamente á escoger fuertes posiciones para estar á la defensiva y poder con ventaja resistir al ejército francés.

Con este objeto que revelaba las miras y la capacidad de un gran capitán, sentó su primer campamento en una altura que domina á Crecy, población para siempre memorable á orillas del riachuelo llamado Maye. El condado de Ponthieu había sido dado en dote á Isabel, hija de Felipe el Hermoso y madre de Eduardo. El rey de Inglaterra consideró como de buen agüero el defenderse, caso de ser atacado, sobre una tierra que por haber pertenecido á su madre creyó que debería serle favorable. Los hombres se creen más fuertes cuando pueden autorizarse con alguna cosa que se parezca á la justicia.

Felipe, temiendo que el enemigo se le volviera á escapar, no dió descanso ninguno á sus tropas, y por consiguiente desfilaron por el puente de Abbeville. Habiéndose alojado en la abadía de San Pedro de aquella ciudad, el rey dió una comida á los príncipes, que por la mayor parte hicieron sin saberlo en aquella ocasión, lo que en tiempo de los mártires se llamaba *comida libre*, es decir; la última comida antes de la muerte. Al amanecer del 25 de agosto de 1346, todo el ejército francés había pasado el Somme. A su frente iban cuatro reyes, á saber: Felipe el Afortunado, rey de Francia; Juan el Ciego, rey de Bohemia; Carlos, su hijo, electo emperador, llamado rey de Romanos, y el rey destronado de Mallorca. También figuraba el conde de Alenzon, hermano del rey, que fue causa de que se perdiera la batalla; el conde de Blois, sobrino suyo; Luis conde de Flandes, y su joven hijo: los condes de Sancerre, de Auxerre; Juan de Hainaut, conde de Beaumont; los duques de Lorena y de Saboya; toda la nobleza que no se hallaba en el sitio de Aiguillen; y finalmente, entre los escuderos y caballeros figuraba Harcourt, hermano mayor de Gofredo de Harcourt.

Engañado por una falsa noticia Felipe, al salir de Abbeville, creyó que los ingleses habían abandonado á Crecy: ya había andado el ejército dos leguas por un camino opuesto, cuando se supo que Eduardo conservaba sus primeras posiciones. Fue, pues, preciso hacer alto, mudar de camino, y enviar á practicar un reconocimiento, cuya operación fue confiada á Miles Desnoyers, porta-oriflama, y á los señores de Beaujeu, d'Aubigny y de Basele, llamado el Fraile.

El ejército inglés, dividido en tres cuerpos, cubría la colina de Crecy: en la cima de esta colina dominaba un bosque que Eduardo había mandado rodear de un foso para proteger los bagajes y pertrechos de guerra. Eduardo mandó echar pie á tierra á toda la caballería, pesada, escepto unos mil doscientos ginetes colocados en las dos alas de la infantería. El bosque venía á formar como un último atrincheramiento que en el caso de una derrota habría tal vez servido más

de red que de punta de salvación á los que se hubieran retirado. La izquierda de los ingleses estaba cubierta por el bosque de Crecy y la derecha por la aldea de ese nombre, y por atrincheramiento de tierra y troncos de árboles colocados horizontalmente: de manera que la línea de batalla que el ejército inglés presentaba descubierta era de muy corta estension, y estaba dispuesta de modo que el ejército de Felipe perdía al atacarlo la ventaja de la superioridad del número.

Los tres cuerpos escalonados presentaban tres semicírculos paralelos sobre la colina, y cada uno de ellos estaba subdividido en tres líneas, la primera de arqueros, la segunda de infantería de Gales é irlandesa, y la tercera de coraceros ó caballería á pie.

El primer cuerpo, que á manera de vanguardia estaba situado al pie de la colina, constaba de ochocientos coraceros, un tercio de infantería y dos mil arqueros, mandados todos por el príncipe de Gales ayudado de Gofredo de Harcourt, los condes de Warwick y de Kenfort, Chandos, el señor de Man y toda la flor de la caballería.

El segundo cuerpo, situado sobre el anterior, se componía de ochocientos coraceros y mil doscientos arqueros, mandados por los condes de Northampton y de Arundel.

El tercer cuerpo coronaba la colina á las inmediatas órdenes de Eduardo, y constaba de setecientos coraceros y dos mil arqueros. Tal vez era en el centro de este cuerpo donde se ocultaban máquinas desconocidas hasta entonces.

Atendidas estas disposiciones, Felipe tenía que atravesar, subiendo una colina, nueve líneas formidables.

Durante la noche que precedió á la batalla, Eduardo dió un magnífico convite á sus condes y barones, y cuando estos se retiraron entró en su oratorio y permaneció de rodillas hasta media noche. Concluida su oración se recostó sobre una piel de cordero hasta que, al despuntar el día, oyó misa y comulgó con el príncipe de Gales. La mayor parte del ejército se confesó y dispuso á comparecer ante Dios: lo mismo había hecho Felipe en la abadía de San Pedro en Abbeville. Las oraciones pronunciadas bajo el casco, no eran en aquella época consideradas como una debilidad; porque se decía que el caballero que elevaba su espada hacia el cielo pedía la victoria, pero no la vida.

Concluidas las oraciones y oída la misa, volvieron los tres cuerpos á ocupar sus respectivos destinos, quedando cada caballero bajo su bandera y formando un magnífico espectáculo en la pendiente de la colina. Eduardo, cabalgando en un pequeño caballo, con un bastón blanco en la mano, y seguido de sus mariscales, recorrió las filas exhortando á los condes, barones, caballeros, escuderos y mercenarios á cumplir con su honor haciendo su deber, y esto se lo decía sonriendo y con palabras tan amables, que los más tímidos se llenaban de confianza al oírle. Después de haber pasado revista de este modo á las tres líneas de batalla, se retiró cerca del medio día á la que mandaba personalmente, con el objeto de estar á la mira de cuanto ocurriera durante el combate. El ejército comió, y en seguida los soldados se sentaron cada cual en su puesto sin perder la formación, esperando tranquilamente al enemigo con las armas en descanso.

El porta-oriflama, Miles Desnoyers, y los señores de Beaujeu, d'Aubigny y de Basele, enviados por Felipe á explorar el terreno, vieron á los ingleses en la situación que acabamos de describir, con una turba de segadores sentados al rededor de un campo de trigo. También los ingleses vieron á los exploradores, y les dejaron examinar á placer el campamento: desde entonces se pudo, atendiendo á esa superioridad de sangre fría y de confianza, asegurar á qué lado se inclinaria la victoria. Eduardo había tenido particular cuidado de mandar que por ningún concepto se rom-

pieran las filas: esperaba, y no sin razón, convertir en provecho de sus armas el impetuoso ardor de los soldados franceses, á quienes ya más de una vez había sido fatal su excesivo denuedo.

Efectivamente, el tumulto y confusión del ejército francés presentaban un doloroso contraste con la calma y regularidad del enemigo: en aquel podían contrastarse mil intrépidos capitanes, pero ni un sólo general. Desde los primeros momentos no habían podido ponerse de acuerdo por lo tocante al orden que había que seguir. Los ballesteros genoveses ocupaban un puesto detrás de la caballería á la cola de la columna: el rey de Bohemia hizo presente que no se daba á aquellos extranjeros toda la importancia que su acreditado valor merecía, y que ellos solos debían hacer frente á los arqueros ingleses. La autoridad de aquel anciano monarca y su experiencia en la guerra convencieron á Felipe, y mandó que los genoveses se pusieran al frente de la columna, lo cual dió que murmurar al conde de Alenzon que deseaba ser el primero en chocar con el enemigo.

Al avanzar el ejército francés sobre Crecy se hallaba dispuesto del modo siguiente: quince mil ballesteros, casi todos genoveses, mandados por Carlos Grimaldi y Antonio Doria, formaban la vanguardia; seguía Carlos, conde Alenzon y hermano del rey, con cuatro mil combatientes, y por último, cerraba el cuerpo de ejército la columna mandada personalmente por el rey, compuesta igualmente por caballería, y acompañada de los monarcas extranjeros y de la alta nobleza. El duque de Saboya que acababa de llegar con un refuerzo de dos mil caballos, mandaba la retaguardia juntamente con el rey de Bohemia. Una innumerable infantería andaba errante, sin concierto ni formación alguna en los campos, obstruyendo los caminos y sirviendo de estorbo á las tropas regulares. Cada ginete iba acompañado de tres ó cuatro infantes para su servicio, como sucede actualmente con los cuerpos de mamelucos; las guerras de las Cruzadas habían enseñado á la tropa francesa este modo de organizar la caballería, así como el uso de la ballesta, y el traje largo.

Al volver los cuatro caballeros exploradores de su expedición, Felipe les preguntó en alta voz qué noticias traían, y ellos mirándose recíprocamente, parecía que no se atrevían á explicarse. El rey mandó hablar al señor de Basele. Este caballero, suizo y champanés, servía al rey de Bohemia, y pasaba por uno de los capitanes más prácticos del ejército. «Hemos cabalgado hacia el enemigo, dijo este caballero, y hemos tenido ocasión de ver y examinar el buen orden en que se hallan los ingleses. Mi parecer, señor, salvo el superior vuestro, sería que mandarais acampar el ejército sobre este terreno y permanecer en él durante todo el día de hoy. Pues antes que puedan reunirse todas las tropas que vienen á retaguardia, y ordenarse en batalla, será ya tarde, y además nuestros soldados llenos de cansancio tendrán que chocar con un enemigo fresco y vigoroso. Mañana se podrá pensar con más madurez y obrar con más acierto en vista del detenido reconocimiento que se hará del campo enemigo, pues no debéis tener la menor duda que esperarán el combate.»

Jamás se dió un consejo más saludable: el ejército francés venía fatigado de las continuas marchas, había pasado la noche anterior desfilando por Abbeville; acababa de andar seis leguas al trote de la caballería; estaba abrumado de cansancio y de calor (era un día de los más calurosos del estío), y por último, no había tomado todavía alimento, y acababa de sufrir un aguacero que casi había inutilizado los arcos de los genoveses.

No se ocultó á Felipe la discreción de aquel consejo, y por lo tanto mandó suspender la marcha. Los dos mariscales de Montmorency y de Saint-Venann, re-

corrieron la columna gritando: «¡Alto, banderas: en nombre de Dios y de San Dionisio, alto!» Bien se revela en esa voz de mando, y en esas costumbres que solo Dios era el considerado como supremo soberano en aquella época, y que los mariscales de Francia ejercían funciones que hoy están á cargo de los subalternos inferiores.

Los genoveses hicieron alto, y empezaron á preparar su comida; pero el conde de Alenzon que iba en pos de ellos con su caballería ó no oyó la órden, ó no quiso obedecerla. La juventud que rodeaba al conde consideraba como un insulto el que los genoveses hubieran de ser los primeros en atacar al enemigo, y juraron no hacer alto hasta ponerse delante de los extranjeros que iban al frente de la columna. El conde de Alenzon encuentra á los genoveses ocupados en preparar sus ranchos, los trata de cobardes, y los obliga á marchar adelante. Los últimos cuerpos de la columna no quieren tampoco detenerse; el rey y los mariscales se ven, á pesar de sus esfuerzos, arrastrados por un impulso general. Las milicias municipales que confusamente cubrían el campo que media entre Abbeville y Crecy al ver avanzar la caballería, creyeron que la acción había ya principiado, y vibrando sus diversas armas empezaron á gritar: *¡A la muerte!* *¡A la muerte!* y cada señor se precipita con sus vasallos anhelando llegar el primero. Cien mil hombres se empujan y precipitan en un pequeño espacio: un eclipse acaba de exaltar la imaginación, una tempestad estalla y aumenta el desorden; y finalmente, entre estallidos de truenos y torrentes de lluvia llega el ejército francés á la vista del enemigo gritando: *¡A la muerte!* *¡A la muerte!*

Los ingleses se levantan silenciosamente: solo los arqueros colocados en primera fila son los que dan un paso adelante; la infantería irlandesa y la del país de Gales desenvainan su ancha y corta espada, y los soldados que están en tercera fila suspenden lanzas, de manera que parecen un pequeño bosque.

Si no le fue dado á Felipe detener su ejército antes de llegar al campo de batalla, mucho menos posible le hubiera sido conseguirlo en presencia del enemigo: la vista de los ingleses produjo en el mismo pecho del monarca igual sensación que la que causó en todo el ejército; furor marcial, ansia de combate. «Allí están, gritó Felipe, allí están esos malvados que han degollado á mi pobre pueblo y desolado é incendiado á la Francia. Ea señores, barones, caballeros y hombres buenos, vengamos nuestras injurias, olvidemos odios y rencillas pasadas, si por casualidad hay entre nosotros, y mostrándonos corteses, sin orgullo, portémonos en esta ocasión como parientes, como hermanos.»

Eran las tres de la tarde (26 de Agosto de 1346) cuando se dió órden á los ballesteros genoveses de principiar el ataque. Como estos se hallaban secretamente resentidos de las ultrajantes palabras del hermano del rey, pidieron un momento de descanso, representando hallarse abrumados de hambre y de cansancio; dijeron también que la lluvia había alojado las cuerdas de las ballestas, y que por todas estas razones confesaban hallarse poco dispuestos á llevar á cabo grandes hazañas. Habiendo oído el conde de Alenzon estas palabras, gritó: «Por nuestra cuenta corre el que ese canalla cumpla con su obligación,» y cargó sobre ellos. Viéndose los genoveses obligados á combatir principieron dando espantosos alaridos para aturdir á los ingleses. A cada grito hacían un momento de alto, y en seguida corrían hacia el enemigo: al tercer grito lanzaron sus flechas que no produjeron ningún efecto.

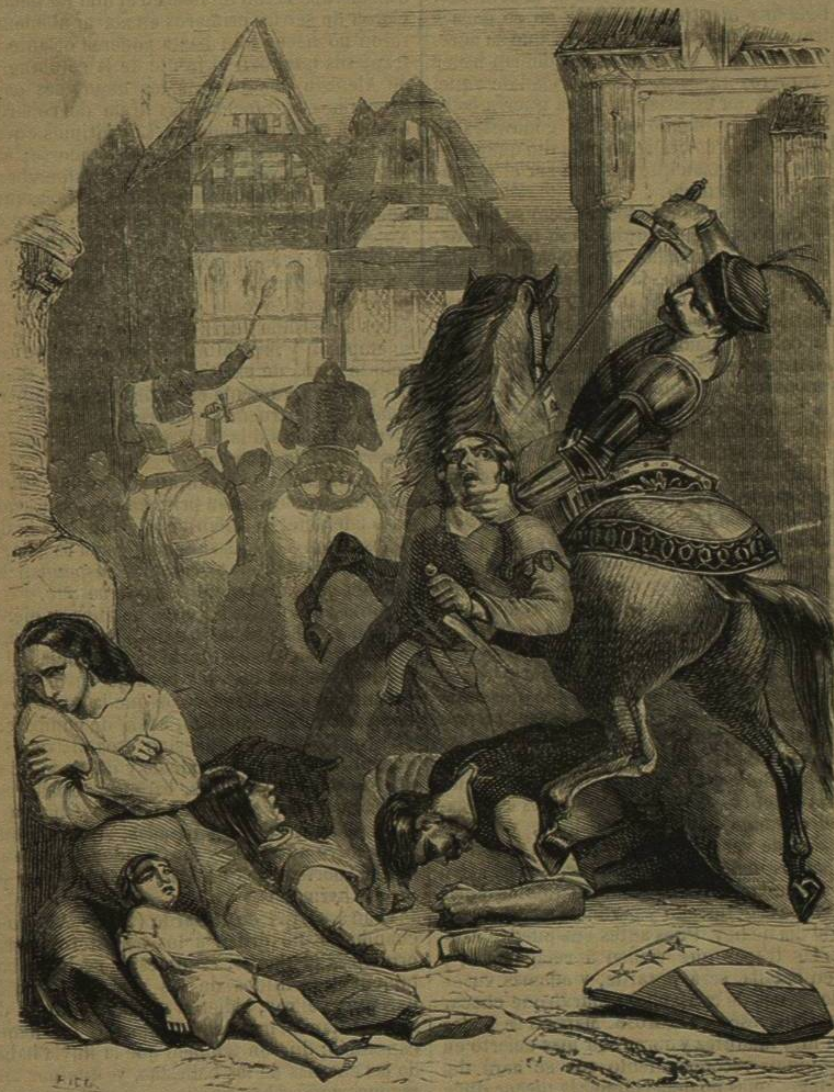
Entonces los arqueros ingleses desnudaron sus armas que hasta entonces habían estado cubiertas con la funda por la lluvia; tendieronlas hasta juntar sus extremidades, y lanzaron tal número de flechas que,

según los historiadores refieren, cayeron como una espesa nevada sobre los genoveses. No fue menester más para que estos italianos se declararan en precipitada fuga, cayendo sobre los coraceros del conde de Alenzon: Doria y Grimaldi perdieron la vida al esforzarse por volver á ordenarlos.

Felipe echó de ver el desorden que esta ocurrencia produjo, y como no podía apartar de su mente la idea de traición, gritó á los suyos: «Matad, matad á esa

canalla que nos cierra el paso.» El conde de Alenzon mandó tocar á carga y pasó con su caballería sobre el cuerpo de los genoveses, que al verse acosados por todas partes, cortaron las cuerdas de las ballestas y se dispersaron en todas direcciones. En tanto los arqueros ingleses no cesaban de disparar nubes de flechas, y la caballería francesa iba cayendo sin poder llegar á las manos.

El conde de Alenzon se abrió paso al través de los



TOMA DE CAEN.

ballesteros genoveses que huían, y los ingleses que avanzaban: desbarata la segunda línea de las tropas mandadas por el joven hijo de Eduardo, rompe la masa de infantería, y se encuentra con los ginetes del príncipe de Gales que á su vez cargan también. El conde de Flandes, con su hijo el Delfin Vienés y el duque de Lorena, vuelan presurosos desde el cuerpo de batalla francés á compartir la gloria y el peligro del

conde de Alenzon. Cruzanse las lanzas, chocan las espadas. Todos aquellos príncipes, duques, caballeros, condes, barones, combaten personalmente unos con otros. Fermentaban aun en los ánimos las ideas romancescas de una feroz independencia; y lo que cada cual deseaba era adquirir nombradía, aunque fuese á costa del resultado general de la acción. Nunca se vió más valor ni menos habilidad. Entre tanto el

cielo fue despejándose de nubes, pero aun esto fue contrario á los franceses, pues el viento y el sol les daban en el rostro. A proporción que titubeaban eran degollados por la infantería de Gales y los irlandeses.

Al ver Felipe al conde de Alenzon en el centro de la segunda división de los ingleses, se llenó de temor por su hermano, y avanzó á socorrerle con el cuerpo de batalla. La segunda división enemiga efectuó por

su parte el mismo movimiento para sostener al príncipe de Gales, y cerrar el paso al rey de Francia: la batalla volvió á reanimarse.

El príncipe de Gales, contra quien el conde de Alenzon dirigía sus esfuerzos, estaba ya á punto de sucumbir: Warwick y Gofredo encargados de su custodia, enviaron á pedir refuerzos á su padre. Pues qué, contestó Eduardo, «¿está por ventura mi hijo tan mal



EL REY JUAN EN LA BATALLA DE POITIERS.

herido ó muerto que no puede ayudarse á sí mismo?» El mensajero dijo: «Nada de eso sucede á Dios gracias.» Pues entonces, replicó el rey, volved á decir de mi parte á los que os han enviado, que por fracasos que les sucedan no me envíen á pedir auxilio en tanto que mi hijo viva, y decidles también, que les mando dejen ganar al niño sus espuelas. Quiero, si Dios no manda otra cosa, que sea suyo el honor de la jornada.

Esta contestación, en la cual va la sencillez caballeresca unida con la firmeza de un antiguo romano, reanimó el valor de los dos mariscales ingleses. Harcourt debía recibir un castigo por la victoria que acababa de obtener contra su patria, como sucede á todos los que se obstinan en esas largas venganzas que solo pertenecen á Dios. Dijéronle á Gofredo, que en la refriega se veía la bandera de su hermano, el

conde: buscábalo con afán para salvarlo; pero no habiendo el conde querido sobrevivir á la ignominia del triunfo de su hermano, se arrojó á la honrosa muerte con que le brindaban los enemigos de su patria.

El rey de Bohemia se hallaba á la retaguardia con el duque de Saboya. Diéronle noticia de los sucesos. «¿En dónde está mi señor hijo Carlos?» preguntó el anciano. Dijéronle que estaba convatiendo valerosamente, diciendo á voces: «¡Soy rey de Bohemia! y que habia recibido tres heridas.

El anciano, exaltado por su valor y por su afecto de padre, instó al duque de Saboya á que marcharan á socorrer á sus amigos; el duque cedió y avanzó con la retaguardia, aunque no con toda la celeridad que el monarca ciego habria deseado. Iba éste diciendo á los que le rodeaban: «compañeros hemos nacido en una misma tierra, bajo un mismo sol; hemos sido criados y educados para un mismo destino: os aseguro que hoy no me separare de vosotros mientras conserve algo de vida.» Al estar ya á punto de cruzar las armas con las del enemigo, dijo á sus caballeros: «señores sé que sois mis amigos: por consiguiente os suplico me pongais en sitio donde me sea posible dar una estocada. Los caballeros contestaron: «que así lo harían con el mayor placer. Ataron en defecto el caballo del rey al freno de uno de los suyos y así fin de que no se estraviase durante la refriega, y así juntos avanzaron sobre el enemigo.

Penetró el rey de Bohemia conducido por sus caballeros hasta el príncipe de Gales. Los dos héroes, de los cuales, el uno principiaba y el otro estaba ya al término de su carrera, cruzaron varias veces sus lanzas para ilustrar sus primeros y sus últimos golpes. La multitud separó á esos combatientes, de edad y de porvenir tan distinto; pero tan semejantes en lo relativo á la nobleza, generosidad y valor. «El rey de Bohemia avanzó tanto, que pudo dar, no una estocada, sino varias, y combatió muy vigorosamente, así como todos los que le acompañaban. Tanto avanzaron, que al día siguiente se encontraron sus cadáveres agrupados junto al de su monarca y los de sus caballos atados aun por las bridas.» ¡Verdadero prodigio de lealtad y de honor! La poesía que entonces empezaba á despertar del letargo de la barbarie, se dió prisa á immortalizar al anciano rey de Bohemia: el Petrarca lo celebró en sus cantos, y joven Eduardo tomó su divisa, que luego fue adoptada por los príncipes de Gales, y consiste en tres plumas de avestruz con esta leyenda en tudesco: *In ríech ro slavo*. Solo la Francia odia jactarse de tener tales servidores.

El combate seguía con encarnizamiento; pero habiendo muerto el conde de Alenzon y el conde de Flandes, la caballería de estos príncipes empezó á replegarse; el hermano de Felipe espiaba con aquel fin digno de su raza, las calamidades á que directamente habia dado lugar.

De repente, los soldados franceses creyeron oír estallar el rayo y creyeron que una muerte invisible caía sobre ellos. No parecía sino que el mismo Dios se declaraba en favor de sus enemigos, y lanzaba sus rayos en medio del campo de batalla. Por la primera vez, el estampido del cañon llegaba al oído de los franceses, causandoles una indefinible sensación. Tal vez desde aquel momento persintieron las victorias que en los futuros tiempos habian de conseguir por medio de aquella arma: una densa nube de humo, rasgada de cuando en cuando por pasajeras y terribles llamas, encubría su gloria y su desgracia. Aquella oscuridad guerrera debía envolver en lo sucesivo los grandes hechos, los grandes combates y el espectáculo de sangre que tan grato era á la claridad y á los caballeros.

Eduardo habia colocado seis piezas de artillería sobre la colina: la pólvora era ya conocida, pero aun no se habia hecho aplicación de ella en las batallas. La guerra antigua y la guerra moderna, el genio de Du-

guesclin y el de Turena, se encontraron de frente en los campos de Crecy. La lanza la flecha y la bala alcanzaban á un mismo tiempo al caballo y al caballero, el oriflama, el estandarte real y las diversas banderas, desgarradas hasta entonces por el sable, se vieron por primera vez atravesadas por aquellos globos de hierro que rasgan actualmente las banderas. Tan grande era el hacinamiento de armas y de cadáveres, que los vivos se encontraban como asediados, y tenían que permanecer inmóviles entre aquellas barricadas de muertos.

Todo queda envuelto en una comun ruina: reyes, príncipes, caballeros, ginetes é infantes, entre el horror de aquella matanza, Felipe no buscaba sino un golpe que pusiera fin á su vida. Desde la primera carga le habian matado el caballo. Al ver caer al monarca, todo el ejército francés habia gritado unánimemente, «¡Salvad al rey!» Último recurso de la Francia, último sentimiento que animaba á todo francés al ver que todo se habia perdido. Ese grito de honor, de abnegación, de ternura y dolor resonó en las filas enemigas, y aumentó en ellas las probabilidades de la victoria. Juan de Hainaut, que en aquel momento se hallaba cerca del monarca, consiguió, empleando grandes esfuerzos, hacerle tomar otro caballo, pero no que se retirara. Deseando Felipe socorrer á su hermano que ya habia sido derribado, se metió sin oír reflexiones, en medio de las masas enemigas, y recibió una herida en la garganta, y otra en el muslo. El sol habia ya desaparecido del horizonte y el rey se empeñó todavía en morir por los franceses que se habian sacrificado por él. Juan de Hainaut no tuvo mas remedio que hacerle violencia. Apoderóse de las bridas del caballo del monarca, y lo separó de aquel campo de desolacion, diciéndole: «señor, retiraos: aun es tiempo; no lo desaprovecheis. Lo que esta vez hayais perdido, en otro lance podreis recobrarlo.

La noche oscura y lluviosa favoreció la retirada de Felipe, de aquel monarca, que habiendo entrado en el campo de batalla con ciento veinte mil combatientes salía de él con solo cinco caballeros, á saber: Juan de Hainaut, Carlos de Montmorency, y los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Montsault. Llegó al castillo de Broye á tiempo que las puertas estaban ya cerradas. El gobernador se asomó á las almenas. ¿Quién está ahí? ¿quién llama ha estas horas?—La fortuna de Francia, contestó el monarca, abrid. Palabras mas hermosas que las de César en la tempestad; confianza magnánima, tan honrosa al vasallo como al monarca, y que pinta la gradeza del uno y del otro durante la monarquía de San Luis.

Del castillo de Broye, Felipe pasó á Amiens. Hacia ya dos horas que reinaba la noche, y los ingleses no acababan de persuadirse de su victoria hasta que el sepulcral silencio que dominaba en el campo de batalla, empezó á darles una idea de ella. Por último encendieron hogueras, y á su rojizo esplendor, tu vieron ocasion de ver los inmensos funerales de que estaban rodeados. Algunos movimientos desconcertados indicaban los restos de una vida sin inteligencia: algunos heridos sin voz y sin palabra, movian maquinalmente la cabeza ó los brazos en aquellas regiones de la muerte: ¡escena indefinible, espantosa, entre la resurrección y la nada!

Eduardo, que durante toda la jornada, ni aun siquiera se habia puesto el casco, bajó entonces de la colina, y dirigiéndose hacia el príncipe de Gales, le dijo estrechándolo en sus brazos: «¡Dios te dé perseverancia! Eres hijo mio.» El príncipe humilló su cabeza en honor del padre. Las hogueras encendidas por los soldados, iluminaron aquellos abrazos en medio de tantos hijos privados enteramente de las caricias paternales. El hijo y el nieto de Felipe el Hermoso, tenían en sus venas sangre de la misma especie que la que estaban hollando con sus pies, ¡sangre

francesal Bien podían ya ir á contar á su madre que aun vivia lo que habia visto en aquel inmenso catafalco donde yacían los restos de sus parientes y amigos.

El día amaneció cubierto de una niebla tan espesa, que apenas se distinguía lo que estaba á unos pasos de distancia. Las milicias municipales de Rouen y de Beauvais, otra columna mandada por los delegados del arzobispo de Rouen y por el gran prior de Francia, y mil lanzas conducidas por el duque de Lorena, sin saber lo que habia ocurrido, venían á reunirse con el ejército de Felipe. Los ingleses plantaron en un sitio elevado las banderas que habian caído en su poder, y los franceses, atraídos por esta señal, acudieron al sitio y fueron degollados: allí perecieron el duque de Lorena, al arzobispo de Rouen y el gran prior de Francia con toda su gente.

Eduardo deseó conocer la estension de su triunfo: Reynaldo y Cobham y Ricardo de Stanfort, fueron comisionados para contar los muertos, y lo verificaron acompañados de tres heraldos que reconocían los escudos de armas, y dos notarios que apuntaban los nombres. Esta fúnebre operacion duró todo el día.

En estos fastos del honor se hallaban inscritos, según Froissard, mil y cien señores feudales, ochenta señores de bandera, mil doscientos caballeros de un solo escudo (es decir, que no servían al rey mas que con solo su persona), y treinta mil combatientes. Algunos historiadores dicen que perecieron treinta mil hombres el día de la batalla, y un número duplicado al día siguiente: eso es una exageracion manifiesta. Nunca se tiene presente en los cálculos de las antiguas batallas, el tiempo que materialmente era preciso para matar cuando no estaban en uso las máquinas de guerra, y sobre todo, cuando no era aun conocida esa artillería en los tiempos modernos que barre filas enteras de hombres de un solo disparo. Según aquellos historiadores sería preciso suponer que treinta mil ingleses mataron á ochenta mil hombres en cinco ó seis horas, á flechazos, lanzadas y estocadas, pues aunque es cierto que hubo artillería, es de suponer que su efecto sería casi nulo, tanto por no haber jugado mas que un momento al anochecer, como por lo mal servidas que indudablemente estarían las piezas. Aun nos escedemos respecto al número de los matadores, pues ya hemos visto que la division mandada personalmente por Eduardo, no llegó á estar en accion. Una carta de Miguel Northburgh, testigo ocular, nos ha sido conservada por Roberto de Avesbury en su historia de Eduardo III (1). Este documento reduce el número de ginetes muertos el día de la batalla, á mil quinientos cuarenta y dos, sin hacer mencion de los *milicianos municipales é infantes*; y el día siguiente á mas de dos mil. Northburgh da la siguiente lista de los principales señores que murieron en ambas jornadas: «El rey de Bohemia, el duque de Lorena, el conde de Alenzon, el conde de Flandes, el conde de Harcourt y sus dos hijos (*notable particularidad*), el conde de Aumale, el conde de Nevers y su hermano el señor de Thouars, el arzobispo de Sens, el de Nemes, el gran prior del hospital de Francia, el conde de Saboya, el señor de Morles, el de Guyes, el de Saint-Venant (*mariscal*), el de Rosingburgh, seis condes alemanes, una multitud de otros condes y barones, y señores, cuyos nombres no han podido ser sabidos. Felipe de Valois, y el marqués llamado electo de romanos, (*Carlos de Luxemburgo, electo rey de romanos*), escaparon heridos.» Esta carta fue escrita el cuatro de setiembre, á los nueve dias despues de la batalla.

A esas ilustres víctimas hay que añadir el ex-rey de Mallorca, el conde de Blois, sobrino del rey de

(1) Puede verse esa carta en la excelente edicion de FROISSARD, por M. Buchon.

Francia, los condes de Samcerre y Auverre, el duque de Borbon, y finalmente, los dos capitanes de los genoveses, Grimaldi y Doria.

Eduardo mandó separar los cadáveres de estos señores, y darles sepultura en el monasterio de Mainteny, cerca de Crecy. Knighton y Walsingham afirman, que los ingleses no perdieron mas que un escudero, tres caballeros, y un reducido número de soldados. La victoria no cuenta sus víctimas, el que triunfa nada ha perdido.

La alta aristocracia francesa ha sufrido tres grandes derrotas causadas por los ingleses, Crecy, Poitiers y Azincourt, así como los patricios romanos perdieron tres grandes batallas contra los cartagineses en Trebia, Trasimena y Canas. Esos desastres que costaron á la Francia sangre pero no gloria, se convirtieron finalmente en provecho de su civilizaci6n y de sus libertades. En los campos de Crecy recibió la alta nobleza de Francia una profunda herida que dilatándose en Poitiers, Azincourt y Nicópolis, acabó con el cuerpo aristocrático. No tardó despues de las derrotas de Felipe de Valois y de su hijo Juan, en aparecer otra nobleza de la que hasta entonces no se habia oido aun hablar, y que sucedió á la primera, así como la segunda nobleza de los francos apareció despues de la derrota de Lotario en la batalla de Fontenay. Habia sido mirada con desprecio la nobleza de los hidalgos de provincia, y se consideró como una dicha el haber encontrado su espada. Los Charny, los Ribamont, los Dugesclin, los La Tremouille, los Boucicault y los Saintré, fueron seguidos de los Pothon y de los La Hire, perpetuando aquella raza heroica hasta Bayardo y el capitán La Noue. Esa segunda caballería, no menos ilustre que su antecesora, sustituida á la alta aristocracia, constituye la transicion entre el ejército aristocrático y el plebeyo. Dugesclin dió principio al arte militar moderno y á la disciplina. Las sublevaciones populares conocidas con el nombre de *Jaqueria*, y las tituladas *Grandes compañías*, dieron á entender á los plebeyos, que podían batirse lo mismo que sus señores. La organizacion de las tropas regulares establecida en tiempo de Carlos VII, varió tambien la forma de reclutar hombres para el servicio de las armas. La monarquía, así como el ejército nacional, tomaron nuevas fuerzas del mismo debilitamiento del cuerpo aristocrático militar: la antigua institucion del Estado se alteró en su parte esencial, y la sociedad, impelida por aquello mismo que se consideraba como una desgracia, caminó hácia el grado de civilizaci6n en que la vemos actualmente. Podría decirse que la corona de Francia y la nacion francesa renacieron bajo los muertos del campo de batalla de Crecy.

La última aparicion de los nobles como soldados, tuvo lugar en la batalla de Ivry, donde se presentaron formando una masa de dos mil hombres armados de pies á cabeza. A fines del reinado de Enrique IV, el furor de los duelos debilitó lo poco que todavía quedaba de la segunda aristocracia. Finalmente, en tiempo de Luis XIII y de Luis XIV, los nobles sirvieron en cuerpos privilegiados ó desempeñaron plazas de oficiales en los regimientos del ejército nacional. No desmerecieron de su antigua nombradía en esa nueva situacion: las batallas dadas por Condé ó Turena, atestiguan que si bien los nobles habian cambiado de fortuna, no por eso habian degenerado de su antiguo valor. En los campos de Clostercamp y de Fontenay en tiempo de Luis XV, y en la guerra de América, reinando Luis XVI, no tuvo por cierto que avergonzarse Francia de los Assas y los Lafayette. Cuando al estallar la revolucion, no le quedaba ya al pobre hidalgo, vuelto á su primera condicion de franco, mas que su espada, fué á ponerla á los pies de aquellos que en su concepto podían exigir ese servicio; trocó la victoria por la desgracia. Si eso fue culpa, culpa fue del honor, y puesto que la nobleza debia

perecer, bien obró en buscar su fin en el mismo principio que lo había dado la vida. De allí á poco empezaron á brillar los portentos del ejército plebeyo. Si la Francia consigue generalizar en la actualidad el sistema de los Guardias Nacionales, tal vez llegará á quedar destruido el de los ejércitos permanentes, y se restablecerán los antiguos reclutamientos en masa, y la democracia vendrá á proceder del mismo modo que procedió la aristocracia. Los hombres se agitan en un círculo eterno, y reproducen incesantemente las mismas instituciones aunque en sentido y en nombre diferentes.

SUMARIO.

Llega Felipe á Amiens, é intenta en vano levantar un nuevo ejército para dar una segunda batalla.— Quiere mandar ahorcar á Godemar de Pay, y desiste por persuasión de Juan de Hainaut.— Gofredo de Harcourt viene á arrojaase suplicando perdón á los pies de Felipe, y lo consigue.— Eduardo pone sitio á Calais; el duque de Normandía levanta el de Aiguillon.— Los ingleses de la Guiana invaden todo el país hasta el Loira.— Prosigue la guerra de Bretaña.— Heroísmo de Gofredo de Pontblanc en Lannion.— Hacen prisionero á Carlos de Blois en el sitio de la Roche de Rien.— Muerte del vizconde de Rohan y de los señores de Chateaubriand, de Roze, de Laval, de Tournemine, de Rieu, de Boisboisel, de Macherou, de Rosterner, de Lobeac y de la Jaille. Batalla de Neville, en la que David Bruce, rey de Escocia, cae prisionero de la reina de Inglaterra.— Aumento de contribuciones.— Aumento y alteración de monedas.— Multitud de pensiones concedidas sobre el tesoro en calidad de feudo.— Aventura de Luis de Male, conde de Flandes, hijo de Luis, muerto en la batalla de Crecy.— Gualtiero de Mauny alcanza un salvo-conduto para atravesar la Francia, y pasar desde la Guiana al campo de Eduardo que estaba sitiando á Calais.— Carácter del tiempo: echase de ver la fé religiosa en la fé política; no pueda llamarse civilización intelectual de la especie, sino civilización del individuo.— La urbanidad de las clases elevadas hace desaparecer la barbarie y el fanatismo del honor caballeresco, hace las veces de la virtud del ciudadano.— Felipe marcha al socorro de Calais, que ya sufre los horrores del hambre.— Alegría de los habitantes de aquella ciudad al ver marchar en orden de batalla al ejército de Felipe, y su dolor al ver que se aleja sin poder socorrerlos.

FRAGMENTOS.

RENDICION DE CALAIS.

Los habitantes de la ciudad vieron desde lo alto de los muros la retirada del rey, y exhalaron un doloroso grito como niños que se ven abandonados de su padre. «Tan profundo era su dolor y su angustia, que los mas robustos podian apenas sostenerse de pie.» Convencidos de que ya no les quedaba esperanza, fueron á encontrar á Juan de Vienne, rogándole abriera negociaciones con Eduardo.

El gobernador subió á las almenas de los muros, é hizo señales de querer parlamentar, y en virtud de ellas, Eduardo envió á Gualtiero de Mauny y al señor Basset, á oír las proposiciones que iba á hacer Juan de Vienne. Así que estuvieron al alcance de la voz, el anciano capitán les habló de este modo: «Queridos señores, sois muy cumplidos caballeros en lo tocante á hechos de armas. Ya sabéis que el rey de Francia, á quien hemos reconocido por señor, nos ha colocado aquí para que defendamos esta ciudad y castillo; sobre todo hemos hecho lo que nos ha sido posible. Ya carecemos de todo socorro. No tenemos víveres, y no habrá mas remedio que morir todos de hambre, si el cortés rey y señor vuestro no se apiada de nosotros. Esto quisiéramos que por piedad le dijérais, y que nos deje marchar tal cual estamos.»

Juan, contestó Gualtiero de Mauny: «Lejos está el rey de tener intención de dejáros marchar de ese modo. Lo que desea es que os entreguéis enteramente á discrección para exigir rescate de quien le parezca ó para condenaros á muerte.»

El gobernador replicó: «Gualtiero, esa es una condición demasiado dura para nosotros. Aquí nos hallamos reunidos un pequeño número de caballeros y escuderos que lealmente hemos servido á nuestro soberano el rey de Francia, como en iguales circunstancias vosotros serviríais al nuestro. Mucho es lo que hemos sufrido, pero nos hallamos resueltos á apurar el término de todas las miserias antes que consentir que el mas humilde habitante de la ciudad tenga que pasar por condiciones mas duras que las que á nosotros se nos impongan. Os suplicamos, pues en nombre de vuestra humildad, que volvais, á veros con el rey de Inglaterra, y esperamos que Dios mediante, su mucha hidalguía no podrá menos de cambiar de resolución.»

Los dos caballeros ingleses oida esta contestación, regresaron, y refirieron á su monarca las palabras del gobernador. Irritado Eduardo por la obstinada resistencia de la plaza, y recordando las ventajas que sobre el ejército inglés habían conseguido los habitantes de Calais en cuantos combates navales habían ocurrido, estaba resuelto á no dar cuartel á ninguno. El caballero Mauny, tan generoso como valiente, se atrevió á manifestar al rey, que aquellos franceses no por haber servido lealmente á su monarca, eran dignos de ser tratados con tal rigor; que Felipe al apoderarse de alguna ciudad usaria de represalias, y por último, dijo: «Tal vez, monseñor, no vais acertado en tomar esa determinación, pues podria redundar en darnos muy mal ejemplo.» Los barones y caballeros ingleses que se hallaban presentes, corroboraron esta opinión de manera que Eduardo exclamó: «Pues bien, no quiero tener que sustentar mi opinión contra todos vosotros. Señor Gualtiero, id á decir al gobernador de Calais, que me entregue seis de los mas distinguidos particulares de la ciudad: que se me presenten con la cabeza descubierta, los pies desnudos, la soga al cuello, y las llaves de la ciudad y del castillo en las manos; yo haré de ellos lo que me plazca y concederé gracia á los demás.»

Mauny llevó esta contestación á Juan de Vienne, que aun permanecía apoyado en las almenas de la muralla, y este despues de haberla oido, suplicó al inglés esperara un momento mientras iba á comunicarla á los ciudadanos. Mandó tocar la campana de alarma, y al instante se reunieron en las plazas todos los habitantes de la ciudad. Dióles cuenta el gobernador de las diligencias practicadas, y por último, puso en noticia suya la postrera condición que el rey de Inglaterra les imponía.

Por de pronto, todos los oyentes quedaron abismados en profundo silencio, buscando con anhelantes miradas cuáles deberían ser las seis víctimas destinadas á redimir con su sangre la vida de los demás ciudadanos. Pasado aquel momento de estupor, toda aquella turba medio estenuada de hambre, prorumpió en un doloroso gemitido: «entonces principiaron á soltar el llanto toda clase de personas, de tal manera, que habrian causado compasión al hombre mas endurecido, y hasta el mismo gobernador no pudo evitar que sus ojos se arrasaran de tiernas lágrimas.»

Pero era preciso dar una pronta contestación: el tiempo concedido de tregua iba á espirar. En medio de este conflicto alzó la voz un ciudadano, cuyo nombre es ya conocido del lector: Eustaquio de Saint-Pierre. Sus grandes riquezas, y el crédito que gozaba, le daban las condiciones requeridas para ser una de las víctimas que debían sacrificarse en nombre de los demás.

La historia nos ha trasmitido su discurso, sus santas palabras que deben ser reproducidas sin la mas leve alteración: «Señores, grandes y pequeños, muy doloroso y cruel sería dejar morir á un pueblo como este, de hambre ó de otro cualquier modo, cuando

no se encontrará medio ninguno de salvarlo, y sería muy caritativo y aceptable á los ojos de Nuestro Señor el poderlo salvar. Tan grande es la esperanza que tengo de que Nuestro Señor me perdonará si muero por salvar á este pueblo, que quiero ser el primero en despojarme de mis vestidos, y en presentarme con la cabeza y los pies desnudos y la soga al cuello, á disposición del rey de Inglaterra.»

Al acabar de pronunciar el señor Eustaquio estas palabras, cada cual se sintió poseído de adorable compasión, y hubo hombres y mujeres que fueron á arrojarle á sus pies llorando tiernamente.

La virtud es contagiosa así como el vicio: no bien habia aquel insigne ciudadano acabado de hablar, cuando Juan de Aire, padre de dos hermosas señoritas, manifestó querer seguir la suerte de su compadre Jacobo y Pedro de Wisant, hermanos, dijeron que querian hacer compañía á sus primos Eustaquio de Saint Pierre, y Juan de Aire. Manifestáronse estos hermanos tan magnánimos como Eustaquio, pues infaliblemente se condenaban á una muerte cuyo honor iba á redundar en beneficio del primero que la propuso. Efectivamente, los nombres de Juan de Aire y de Pedro y Jacobo Wisant, son casi desconocidos, cuando apenas hay quien ignore el de Eustaquio de Saint Pierre. Esta es la razon porque las dos víctimas cuyos nombres no se designan en las crónicas, deben ser consideradas como las mas ilustres de las seis: todo francés está obligado á vindicarlas de este olvido de la historia: todo francés debe un tributo de homenaje á esos dos inmortales sin nombre, así como en los antiguos tiempos se erigian altares á dioses desconocidos.

Los anales de Calais aseguran, que los dos últimos candidatos para la muerte fueron sorteados entre mas de ciento que se disputaban aquel honor despues de los cuatro primeros, y cierto escritor opina que aquel gran número de concurrentes fue tal vez lo que impidió llegar hasta nosotros el nombre de aquellos dos ilustres ciudadanos confundidos en la gloria comun de tantos Decios.

Otra opinión, no muy autorizada, supone que Eduardo habia exigido ocho víctimas, de las cuales la mitad debia pertenecer á la clase noble, y el resto ser meros ciudadanos.

Juan de Vienne, pudiendo apenas tenerse en pie por sus recientes heridas é incesante trabajo, montó en una pequeña jaca y acompañó hasta las puertas de la ciudad á los seis ciudadanos, los cuales se presentaron en camisa, con la cabeza y los pies desnudos, la soga al cuello, segun lo habia exigido Eduardo y en la misma forma que en aquella época acostumbraban los sacerdotes presentarse en las calamidades públicas á ofrecer un sacrificio expiatorio. Eustaquio y sus compañeros llevaban en sus manos las llaves de la ciudad; cada uno llevaba un manojo. Seguiantles sus esposas é hijos retorciendo sus brazos y dando lamentables gritos. En esta disposición llegaron hasta las puertas de la ciudad en medio de lamentaciones, gritos y lágrimas. No habia presenciado el mundo un espectáculo semejante desde que Régulo salió de Roma para regresar á Cartago. El gobernador entregó las seis ilustres víctimas al señor de Mauny recomendándolas á su hidalguía. «Señor Gualtiero, le dije, como gobernador de Calais, y por consentimiento del pobre pueblo de esa ciudad, os entrego á esas seis ciudadanos Ruégos, noble caballero, os dignéis suplicar al rey de Inglaterra, á fin de que no les mande quitar la vida.»

Dichas estas palabras, se abrieron las barreras de la ciudad, y los seis ciudadanos fueron conducidos hácia Eduardo al través del campamento enemigo. Segun Tomás de la Moore y Knighton, el gobernador de Calais acompañó con parte de la guarnición á los prisioneros, y entregó personalmente las llaves de la

ciudad al rey de Inglaterra. Los condes, barones y caballeros que estaban alrededor de éste, llenos de admiración al oír lo que Gualtiero de Mauny referia acerca del suceso, invitaban con su murmullo al rey á no ser inferior en generosidad á los ciudadanos. Pero el monarca permanecía inflexible, «conservando un ademán severo y lanzando terribles miradas sobre las seis víctimas. Era grande el odio que el rey de Inglaterra profesaba á los habitantes de Calais, por los graves perjuicios y contrariedades que en tiempos pasados le habian causado en acciones marítimas.»

Mandó cortar la cabeza á los seis prisioneros. «¡Ah, poderoso señor! exclamó Gualtiero de Mauny: dignaos enfrenar vuestra indignación... si no teneis piedad de esos hombres, todo el mundo dirá que es gran crueldad hacer morir á esos honrados ciudadanos que se han puesto á vuestra disposición para salvar á los demás.»

Al oír esto el rey, rechinó los dientes diciendo: Callad, señor Gualtiero, y mandó venir al verdugo. La reina de Inglaterra estaba en cinta y se hallaba en aquella ocasión en el campamento; fue tal la alicción que le causara aquella terrible escena que soltó largamente rienda al llanto, y apenas podia tenerse en pie. Por último, cayó de rodillas delante de su rey y señor, diciéndole: «Nada os he pedido, señor, desde que aventurándome á muchos peligros, he atravesado el mar para veros. Ahora os suplico humildemente, que por el hijo de la Virgen María, y en nombre de mi amor, os dignéis tener compasión de esos seis hombres.»

El rey permaneció un momento sin hablar y con la vista fija en aquella bondadosa señora que seguía puesta de rodillas y derramando tierno llanto. Al fin Eduardo sintió que su corazón se habia conmovido, y exclamó: «¡Ah! hubiera preferido, señora, que os hubiérais en cualquiera otra parte... Llevaos los prisioneros, os los doy.» La buena reina contestó: «gracias, mi rey y señor, gracias.»

Acto seguido se levantó del suelo, mandó ponerse en pie á los seis ciudadanos, les quitó la soga del cuello, y conduciéndolos á su habitación dispuso que se les dieran vestidos y una abundante comida: últimamente, les regaló seis monedas de oro á cada uno, y mandó que se les pusiera en seguridad fuera del campamento.

Eduardo tomó posesion de Calais. «Entró en esa ciudad cabalgando triunfalmente con sus barones y caballeros, y con tanto acompañamiento de tambores, trompetas y músicos, que pasaria por cosa maravillosa el describirlo.» No permitió que quedaran en la ciudad mas que tres franceses, á saber: «un eclesiástico y dos ancianos muy instruidos en los fueros y costumbres de la ciudad para que siguieran perpetuándolos en la nueva población que habia de componerse únicamente de ingleses. Cosa lamentable fue ver cómo los ciudadanos nobles y ricos tuvieron que abandonar con su familia las magnificas casas y bienes que tenían, pues nada pudieron salvar sino las personas.»

Esa narración parece una página de los mas hermosos tiempos de la república romana, puesta como por descuido ó por casualidad en medio de los anales de la caballería. Las virtudes cívicas de Eustaquio de Saint Pierre, de Juan de Aire y de los dos Wisant, contrastan con las virtudes militares de los Ribamont, Charry y Mauny: dos sociedades opuestas se presentan á un mismo tiempo, y las dos honran á la especie humana.

Calais fue efectivamente vuelto á poblar de ingleses. Eduardo mandó que se establecieran allí treinta y seis familias ricas y otras trescientas personas de mas baja condición; los fueros que con este motivo concedió á esa ciudad el rey de Inglaterra, atrajeron